HJALMAR · SCHACHT

LA · ATOMIZACION DE · LA · ECONOMIA





COLECCION «O.CRECE.O.MUERE»

DIRECTOR: FLORENTINO PEREZ EMBID

HJALMAR SCHACHT

LA ATOMIZACION DE LA ECONOMIA

ATENEO
MADRID
1952

El original fué dado a conocer en el Ateneo de Madrid el 8 de mayo de 1952.

La destacada personalidad del autor confiere a sus afirmaciones un valor de testimonio importante, que tiene significación por sí mismo y permite su publicación, sin que ésta implique solidaridad con estos puntos de vista.

ESTADES: Artes Gráficas, MADRID

Cuando un alemán llega a España experimenta la sensación de que llega a un país amigo, con el que Alemania, en el largo curso de la historia de Europa, no ha tenido jamás conflictos bélicos. Recuerda los tiempos gloriosos y tranquilos en los que ambos países estuvieron unidos bajo una misma Corona y bajo una misma Iglesia. Era el Imperio de Carlos V, en el que el sol no se ponía, y después de cuya decadencia la humanidad no se ha sentido más dichosa. Que este recuerdo histórico nos sirva de estímulo para que en el porvenir trabajemos siempre más unidos por el bien y la paz de nuestros dos pueblos y de la humanidad entera.

DIGITALIZADO
PELA
BIBLIOTECA
NACIONALISTA
NACIONALISTA
BIBLIOTECA
bibliotecanacionalista1.blogspot.com
bit.ly/bibliotecanacionalista (drive)

I

POLITICA Y ECONOMIA

La pregunta de si es la economía o la política la que merece la primacía es tema favorito de nuestras conversaciones de sociedad. En el fondo se trata de una cuestión que no tiene respuesta. Una cosa es segura, en todo caso: que una política que no tenga en cuenta la economía está condenada al fracaso. La historia de Europa de estos últimos decenios nos ha puesto esta verdad ante los ojos de modo drástico. La lucha de competencia económica entre los países industriales europeos ha sido una de las razones esenciales que han conducido a la guerra. Las dos guerras han sido ganadas por aquellas potencias que

de mayor fuerza económica disponían. Ha sido una sorpresa comprobar que los vencedores no han podido hacer gran cosa con el éxito *político,* porque el desarrollo *económico* del mundo, incluso el de los mismos países vencedores, estaba muy por encima del resultado político de las guerras. Había que debilitar la economía enemiga. No había que reparar en medios para lograr en lo posible la destrucción de la economía enemiga. Y he aquí que, apenas terminada la guerra victoriosamente por los aliados, se vió que era imposible prescindir del potencial económico del enemigo si se quería poner de nuevo en marcha el comercio internacional.

Pero *otras* razones ponen también de relieve la importancia que la economía tiene para la política. El nivel de vida de cada pueblo descansa en su economía. Cuanto más productiva sea esa economía, tanto más elevado será el nivel de la masa general de la población. La agitación social y las teorías bolcheviques sólo provienen de un nivel de vida insuficiente o demasiado bajo. Todo el mundo civilizado ha quedado convencido de que la vida tranquila y satisfecha de los pueblos no puede asegurarse con bombas atómicas ni victorias militares, sino únicamente mediante el aumento de la producción de artículos, de la economía y su distribución, todo lo proporcionada posible, entre los pueblos y las clases de la población.

La amenaza actual a una política constructiva de economía internacional, en la que puedan colaborar todos los Estados, proviene en primer lugar de la teoría bolchevique que concibe el problema

del aumento general del nivel de vida, no desde el lado económico, sino meramente del político; a saber: de la liquidación de todo el orden social actual, del aniquilamiento de todas las autoridades históricas actualmente en función; en una palabra: del derrumbamiento violento de todas las condiciones políticas existentes. Basta una sola mirada a la Rusia bolchevique para justificar el fundamento de esta afirmación. Rusia orienta todo su potencial económico hacia la industria de los armamentos, desatendiendo por completo la mejora del nivel de vida de su población.

El contraste entre el Este y el Oeste se comprenderá mejor tal vez así: el Este cree que el progreso económico sólo podrá conseguirse cuando se haya derrumbado todo el orden existente; el Oeste piensa que, mediante el mayor aumento posible del nivel de la vida de las masas en general, podrá evitarse el peligro de la guerra y de la revolución.

La gran interrogación surge de si el Oeste, en este esfuerzo que cuenta seguramente con la aprobación de todos nosotros, ha escogido y escoge los verdaderos caminos. Para contestar a esta interrogación debemos eliminar todos aquellos errores y entorpecimientos que resultan del hecho de que también el Oeste ha de armarse contra la amenaza bolchevique de guerra. En esto el Oeste no tiene opción. Debe pensar en la defensa militar mientras dure la amenaza militar del otro lado. En cambio, es más urgente que examine si su otra política es oportuna o deficiente para la satisfacción económica de los pueblos.

10 Para contestar a esta pregunta debemos tener bien presente que la economía se basa en dos principios sociales decisivos. Es el primero la iniciativa individual de cada uno de los hombres. Encierra ésta en sí todos aquellos sentimientos que llamamos dignidad humana y libertad personal. La iniciativa de la personalidad humana es la que determina la diferencia que siempre ha existido, y que no desaparecerá nunca, entre las clases de hombres. Los conceptos de vago y diligente, valiente y cobarde, ignorante y culto, humano y brutal, bueno y malo, no podrán nivelarse jamás. La evolución habrá de tender a que el bueno, el humano, el diligente, el culto, el juicioso adquiera preponderancia. Esos hombres que dirigen el progreso son los que dan pruebas de tolerancia, humanidad y apoyo a los demás. Son los que hacen de la acción moral y de la fuerza espiritual fuerza motriz de la vida humana.

El segundo fundamento en que descansa la política económica es la propiedad privada. En el momento en que enterramos la propiedad privada quitamos generalmente al individuo todo estímulo para la producción. Ha habido épocas en los primeros tiempos de la Historia en que, en las disputas bélicas entre los pueblos, se han despreciado estos dos fundamentos: libertad de la personalidad y propiedad privada. Los tiempos en que las guerras iban unidas a la rapiña y a la esclavitud son, a título justo, calificadas por nosotros de tiempos bárbaros. Ha sido el mérito mayor del cristianismo librar batalla y triunfar contra la rapiña y la esclavitud. Se ha necesitado mucho tiem-

po para ello. La abolición de la esclavitud no tiene todavía doscientos años, y la protección de la propiedad privada, por el derecho internacional, incluso en tiempos de guerra, es todavía de fecha mucho más reciente. La legislación contra la esclavitud, el socorro de la Cruz Roja, la protección de la propiedad privada pueden hallar también hoy una defensa racional, pero deben su origen al mandamiento cristiano del amor al prójimo.

II

CONSECUENCIAS DE LAS DOS ULTIMAS GUERRAS

La explotación de la victoria en la primera guerra mundial y toda la conducta durante la segunda han desconocido por completo el mandamiento cristiano del amor al prójimo. La desmoralización que con ello se ha causado a nuestro mundo cristiano ha tenido un efecto verdaderamente terrible y decisivo en el orden social de nuestro mundo. Nos ha vuelto a llevar a los peores tiempos de la barbarie. Del momento en que surgió la frase hecha de que la religión era asunto privado, a la renuncia completa a los fundamentos de toda religión, sólo hay un paso. Allí donde la religión se convierte en asunto privado se liquida interiormente toda idea de Estado. En el puesto de la religión se ha querido colocar la llamada *Weltanschauung*. Pero al hacerlo se han ol-

 vidado de que el mundo no puede examinarse desde cualquier punto *del* mundo, sino que si se quiere abarcarlo hay que situarse *por encima* del mundo. Pero situarse por encima del mundo quiere decir ligarse a lo divino, quiere decir religión.

Las consecuencias de la guerra mundial, en medio de las cuales vivimos ahora, han procurado a todos aquellos a quienes tal reflexión deja indiferentes otra experiencia que se dirige únicamente a la razón, al entendimiento, a la inteligencia. Los bienes que, con la violencia del vencedor, han sido usurpados, después de la guerra, de la propiedad privada de otros hombres, en forma de ideas del intelecto, no han contribuído en absoluto a favorecer el bienestar económico de los pueblos. Esto puede explicarse con un ejemplo muy de actualidad. A los alemanes derrotados se les han arrebatado todos los frutos de su genio en patentes, en propiedad intelectual, etc. Se ha creído que podrían hacerse ricos con ese robo. Pero la práctica demuestra que la economía no permanece inmóvil, que las patentes envejecen y que las ideas sólo pueden utilizarse de modo práctico y alcanzar mayor desarrollo por aquellos que las han concebido pirimitivamente. Los aceros de Solingen o de Toledo no empeoran porque esos artículos de acero sean imitados en el Japón, ni porque los lugares japoneses de donde llegan cambien sus nombres por los de Solingen o Toledo.

Después de la segunda guerra mundial, como también después de la primera, los armadores alemanes han sido despojados de sus buques mer-

cantes, a los industriales alemanes se les han desmontado sus máquinas, y el resultado ha sido que ellos mismos construyen hoy barcos más modernos y mejor equipados que los que les han sido arrebatados; que en lugar de las viejas máquinas funcionan hoy otras modernísimas, más eficientes que las antiguas. Se ha destruído la organización mercantil que los comerciantes habían establecido en el extranjero, y fijaos ahora en el enorme vacío que ha dejado en el comercio internacional la falta de aquella organización cuyas repercusiones alcanzan también desfavorablemente a los mismos países vencedores. Las obligaciones y acciones extranjeras le han sido arrancadas al propietario alemán, despojándolo así de sus rentas y dividendos. El resultado es que el alemán empieza hoy a trabajar con doble empeño y que su competencia se deja sentir en los negocios de sus vencedores. Aquel, pues, a quien no le sirva de pauta el mandamiento cristiano deberá, por simple razonamiento, llegar a la conclusión de que el robo y la esclavitud no son medios adecuados para dar nueva vida al comercio internacional.

El principio de nuestra recaída en la barbarie tuvo lugar en el dictado de paz de Versalles. Aquel dictado ha sido el origen de todas las desdichas posteriores. En lugar de pactar convenios, el dictado impuso la autoridad del mando militar. No hacía al Estado responsable de la derrota, sino a cada uno de los ciudadanos enemigos. Preparaba ya con ello el concepto que, después de la segunda guerra, ha adoptado formas francamente excesivas, como la de que a cada ciudadano,

 sin distinción, se le hace responsable, moral y pecuniariamente, de las faltas de su Gobierno. Con la afirmación de que el enemigo era el único responsable de la guerra, Versalles lo califica de moralmente inferior. Ya en Versalles se impusieron, por un espacio de años, límites a la libertad de residencia y a la libertad de movimiento de los alemanes. Esa simiente tan inmoral ha brotado de modo terrible. Los alemanes mismos, bajo el régimen de Hitler, fueron arrastrados por el desprecio del derecho y de la libertad.

Si hago expresamente resaltar esto aquí quiero manifestar que está lejos de mí el deseo de discutir la cuestión de responsabilidades de una u otra nación. Me importa señalar que toda política que desprecie los principios de la dignidad humana y de la propiedad privada ha de conducir a la ruina. No se puede decir a los pueblos asiáticos que la propiedad de Alemania está fuera de la ley sin plantearles la cuestión de que por qué la propiedad inglesa ha de ser inviolable. No se puede proclamar el derecho de autodeterminación de los pueblos y denegárselo a algunos de ellos.

Recuerdo un episodio en la conferencia italiana de Volta, que había sido convocada en 1932 por la Real Academia de Ciencias de Roma, y en la que tomaron parte científicos y políticos de muchos Estados. El antiguo ministro de Negocios extranjeros francés, Hanotaux, pronunció allí un discurso en el que habló de los cimientos de la civilización, que no pueden quitarse sin provocar el hundimiento de todo el edificio, y entre aque-

llos cimientos destacó, con razón, la propiedad privada. Tuve que aludir en la discusión a aquellos cimientos que, desgraciadamente, habían sido arrancados por el dictado de Versalles. Queremos hacer constar aquí que el edificio de nuestra civilización, todo él, ha sufrido con ello un rudo golpe. El mundo, a pesar de todos los esfuerzos, no ha vuelto a recobrar la calma desde el dictado de Versalles.

Cuando se parte del principio de que la paz sólo puede conservarse si se facilita el bienestar económico y la mejora del nivel de vida a todos los pueblos de esta tierra, no deben destruirse arbitrariamente fuerzas productivas al servicio de aquel objetivo. No puede quedar asomo de duda de que la primera guerra mundial surgió por el temor y la rivalidad ante la competencia de la economía alemana. Muchas veces se ha hecho referencia a aquel dicho inglés que corría ya mucho antes de estallar la primera guerra mundial, según el cual toda pérdida de la economía alemana significaría una ganancia para la economía inglesa. Mucho más concluyente que tal recuerdo es lo que, en el terreno político-económico, los vencedores hicieron a Alemania después de la primera guerra mundial. El peso principal de las condiciones de paz de Versalles no estaba tanto en el terreno puramente político, sino en el económico. Como no tengo deseos de profundizar aquí diferencias políticas entre los diferentes pueblos, me limito a hacer constar brevemente que la segregación de la Alta Silesia, país industrial, la entrega de la marina mercante, la destrucción

 de la organización alemana de comercio exterior, el robo de las materias primas coloniales, la restricción del derecho de residencia de los alemanes en el extranjero sólo tuvo un fin exclusivo: debilitar la competencia de la industria alemana. Lo que Alemania había organizado con su exportación industrial, su desarrollo colonial de materias primas, su navegación marítima internacional y sus seguros constituía un conjunto económico definido que se traducía en prosperidad no sólo para Alemania, sino para todos los pueblos extranjeros que mantenían intercambio comercial con ella. El dictado de Versalles llevó a cabo, conscientemente y sin ninguna consideración, la atomización de aquella organización de la economía alemana.

De manera todavía más clara realizó esa atomización el dictado de paz impuesto al Estado austríaco después de la primera guerra mundial. Cualquier chico de escuela sabe hoy cuán funesta y cuán miope fué la destrucción de la monarquía de los Habsburgos, no sólo desde el punto de vista político, sino del económico también. En el año 1920 no se dieron cuenta de ello los políticos aliados. Pero pocos años más tarde Briand se lamentaba del obstáculo tan enorme que, con la disolución de Austria, se había creado para la integración económica de Europa al establecer 20.000 kilómetros de nuevas fronteras aduaneras al este de Alemania. A esta atomización de la monarquía de Habsburgo deben los Estados que le han sucedido el no haber vuelto a alcanzar jamás el nivel de vida que tenían antes de la pri-

mera guerra y el haber sido incluídos en la red de Estados satélites de Rusia.

Después de haber atomizado la monarquía de los Habsburgos en la primera guerra mundial, se ha pretendido atomizar, después de la segunda, el Reich alemán, creando, en lugar de un territorio económico centralizado, una docena de pequeños Estados que no sólo son incapaces de desarrollar su vida propia en el campo político-cultural, sino que entorpecen el conjunto en el campo económico y político-financiero.

De muchísima más importancia para la economía mundial ha sido todavía la atomización económica del Imperio británico. Grandes regiones, como Burma y la India, se han hecho autónomas en política aduanera. Al convertirse en dominios, los territorios coloniales han recibido su autonomía, y el estrecho lazo económico y político-financiero que los unía con la metrópoli se ha relajado. Los gastos de la guerra han tenido para Gran Bretaña la consecuencia de hacerle perder sus inversiones financieras en ultramar y de hacerle pasar de país acreedor, que antes de la guerra vivía del producto de sus intereses, a país deudor, que, para pagar los intereses de sus deudas, ha de redoblar sus esfuerzos.

Pero las cosas no han parado en la atomización de los territorios de la economía. Todas las ventajas que se derivaban de las explotaciones en gran escala y que redundaban no sólo en provecho de la producción misma, sino, sobre todo, en el del abaratamiento de los artículos de consumo, han quedado desbaratadas por los

 aliados con la «descartelización» de la industria alemana. En ninguna otra medida tanto como en ésta se ha manifestado la envidia que a los vencedores causa nuestra competencia. De esa supresión, de continuar existiendo, ha de originarse necesariamente un perjuicio y una inferioridad permanente para Alemania respecto de la gran industria americana.

Hoy se reconoce, en general, que los efectos de la producción y el comercio, es decir, de la producción y la distribución de artículos, alcanzan tanto más éxito cuanto mayor sea el conjunto del territorio económico. Que la economía de un país, con libertad de movimiento, disponga de un territorio de cinco millones o de ciento cincuenta millones es decisivo para su desarrollo. Cuanta más influencia adquieran la ciencia y la investigación sobre la economía, tanta mayor será la preponderancia de los grandes Estados sobre los pequeños. Para poder mantener instituciones de investigación e institutos científicos se necesita efectuar gastos que los países más pequeños no pueden costear. El entretenimiento de escuelas superiores, la edición de libros científicos, el equipo de laboratorios requieren grandes sumas. Un país como Bulgaria nunca podrá publicar una literatura en lengua búlgara que ahorre a sus estudiantes de Medicina el estudio de obras extranjeras. No cabe suponer que un país como Holanda pueda reunir los recursos que los Estados Unidos de América emplean en la investigación atómica. Si tenemos en cuenta estos pocos hechos, comprenderemos que la atomización de los territorios eco-

nómicos de Europa representa el mayor obstáculo para la reincorporación de Europa al comercio mundial. En lugar de favorecer el intento de agrandar los territorios económicos por medio de la fusión, la política aliada impedía violentamente, ya en el año 1932, el acceso de Austria a la Unión Aduanera alemana. Las tentativas actuales de una pequeña unión económica de los Estados del Benelux o entre Italia y Francia tampoco avanzan mucho.

III

EL COMERCIO INTERNACIONAL

Aunque el comercio libre es, ciertamente, un objetivo deseable, no soy, ni mucho menos, de parecer de que el mundo pudiera, sin más, pasar al comercio libre. Comprendo que un país debe proteger sus posibilidades industriales ante una competencia extranjera desmedida. Pero los primeros años del tercer decenio de nuestro siglo han demostrado los peligros que encierra el exceso de tal protección. A continuación de la primera guerra mundial, América intentó reanimar el comercio internacional mediante una generosa concesión de créditos. No vió que aquella concesión de créditos había de ser dedicada a fines más bien consuntivos que productivos. Después del derrumbamiento de las bolsas, que, a fi-

 nes de 1929, puso fin a aquella política en América, casi todos los países procedieron a limitar la importación de productos industriales extranjeros. En toda la Europa occidental, las subidas de los aranceles se sucedían. Cuando los aumentos de los derechos de aduana no bastaron para impedir la entrada de artículos extranjeros —que lo único que hizo fué encarecer los artículos de consumo del país—, se pasó a contingentar lac antidad de artículos extranjeros quep odían entrar. Esta atomización del a exportación industrial hirió gravemente a Alemania. La consecuencia para Alemania fué tener que cesar el servicio de sus empréstitos en el extranjero, porque sus exportaciones no le reportaban suficientes divisas extranjeras para efectuar los pagos. Esta circunstancia fué aprovechada por algunos de los países de la Europa occidental para confiscar los productos exportados por los industriales alemanes y servirse de aquel dinero para el pago en el país de los intereses de los empréstitos extranjeros de Alemania. Este fué un nuevo caso de violación de la propiedad privada y de reducción del tráfico internacional. Todas estas disposiciones arbitrarias de política aduanera y comercial, tomadas unilateralmente y a corto plazo, sólo pudieron promulgarse porque el sistema de compromiso político-comercial a largo plazo, que desde 1890 hasta la primera guerra mundial había mantenido el comercio internacional a su mayor altura, había dejado de existir. La política de tratados de comercio a largo plazo había sido abandonada. Los cambios en los aranceles, las disposicio-

nes sobre exportación e importación se sucedían arbitrariamente en el espacio de meses, incluso semanas, y dieron el golpe de gracia a todo intento de organizar nuevamente el comercio exterior.

A fin de conservar su vida, Alemania tuvo que hacer frente a toda esa política económica de atomización por medio de tratados de comercio bilaterales que ha concertado con una serie de Estados de la Europa sudoriental y de la América meridional. Nada pareció entonces bastante para condenar aquella política. Pero es un hecho que esa política bilateral de comercio ha contribuído a aumentar considerablemente el volumen comercial de los países interesados, y es un hecho también que, después de la segunda guerra, no se ha encontrado ningún otro método, sino aquella política comercial bilateral, para mantener en marcha el comercio internacional.

En este método de comercio, Alemania ha partido del punto de vista de que un país retrasado económicamente no puede comprar tanto como uno económicamente desarrollado. Por dicha razón, Alemania ha suministrado ampliamente máquinas y otras instalaciones industriales a todos los países más agrarios con objeto de ponerlos en vías de industrialización, que es la única que puede favorecer la civilización técnica. Alemania considera que su deber no es el de mantener a otros países a bajo nivel de producción, sino el de fomentar la producción de los demás países a fin de aumentar su poder adquisitivo. Cuanto mejor acomodado esté un cliente, tanto más podrá comprar, tanto más aumentará también su

demanda de productos nuevos y escogidos y, de esa manera, lo mismo el comprador que el vendedor quedarán satisfechos. El comercio entre Alemania y la Gran Bretaña nunca fué tan activo como en la época en que la competencia se dejaba sentir más, y mayor era el desarrollo industrial. Recuerdo con agrado la visita que, en viaje circular, realicé a los Balcanes en el año 1936, cuando deseaba discutir con los países del Sudoeste el paso de Alemania al método bilateral de tratados. Mi primera discusión de importancia tuvo lugar en Belgrado con un grupo de los centros superiores del Gobierno y la economía. Para mis interlocutores fué una especie de sensación cuando les dije que Alemania no tenía deseos de que aquellos países se mantuviesen al nivel de Estados agrícolas, sino que tenía el mayor interés en procurar a los países balcánicos un desarrollo industrial. Nuestro deseo no iba a la atomización de las regiones económicas extranjeras, sino a la mayor integración posible y a la intensificación no sólo agraria sino industrial. Era, asimismo, totalmente falso que dicha intensificación hubiera de conseguirse mediante una dependencia financiera permanente de los países a desarrollar; por el contrario, había de dar lugar al enriquecimiento financiero de dichos países.

IV

RELACIONES ECONOMICAS INTERNACIONALES

Si hasta ahora he tratado de citar errores esenciales de que ha ido recargándose la política económica moderna, no debo dejar pasar inadvertido otro punto importantísimo. El menosprecio de la libertad humana, a la que pertenecen también la libertad nacional y el derecho de autodeterminación de los pueblos, así como el menosprecio de la propiedad privada han creado un modelo especial para la doctrina bolchevique que hoy nos parece, con razón, la amenaza más grave contra nuestra civilización. El bolchevismo puede proclamar que nosotros mismos hemos destrozado los fundamentos éticos de la civilización. La única diferencia consiste en que en esa destrucción nosotros no hemos tomado parte siempre por mala voluntad, sino por miopía, mientras que el bolchevismo laha inscrito, por principio, en su bandera. Se ha dicho muchas veces que el bolchevismo, por muy decididos que estemos a rechazarlo con medios coercitivos, no podrá nunca extirparse por la fuerza únicamente. El único medio eficaz de lucha contra él no es, al fin y al cabo, más que la vuelta a los fundamentos de nuestra civilización, basados en la enseñanza cristiana y en la razón, así como en el establecimiento del bienestar económico para todos.

Felizmente, el reconocimiento de esta necesidad va ya extendiéndose. Por eso Suiza, neutral siempre por convenio internacional, merece tanto mayor reconocimiento por sus recientes esfuerzos para reparar, en lo posible, la injusticia causada a la propiedad privada alemana. Otro avance, laudable hemos de ver en los diferentes esfuerzos de los Estados Unidos de América con objeto de restablecer relaciones económicas regulares. Esos esfuerzos han seguido, hasta ahora, dos direcciones, a saber: una político-económica, y otra, político-financiera. En ambos casos debemos destacar la buena voluntad que guía los esfuerzos norteamericanos, a pesar de no haber obtenido ningún resultado práctico hasta el presente.

La ayuda financiera del Plan Marshall, las diversas inversiones de dinero, de las que también han participado países no europeos de América, y los intentos de ayuda en el terreno internacional por medio de organizaciones especiales, como la Unión de Pagos Europea, el Fondo de Moneda Internacional y el Banco Internacional, no han alcanzado, no obstante todo el apoyo, digno de agradecimiento, la finalidad propuesta.

El alto florecimiento del comercio internacional antes de la primera guerra mundial, se debía, en parte importantísima, a lo ordenado del servicio de pagos internacionales, y al crédito internacional basado en aquél. Ambos factores funcionaban sin dificultad gracias al predominio del patrón oro. Todos los países que tomaban parte dirigente en el comercio internacional lo habían adoptado. Cada una de las monedas nacionales es-

taba en relación fija con el valor del oro, de suerte que las compensaciones entre las diversas monedas se hacía sobre una base uniforme. Los créditos internacionales se concedían todos, sin excepción, a base de oro. Como el patrón oro era considerado como una institución permanente, no soólo los créditos a corto plazo, sino también los empréstitos alargo plazo, se concedían en oro. No había reparo en otorgar créditos a largo plazo a los países poco desarrollados que los necesitasen, porque se tenía la seguridad de que el dinero entregado a base del oro, habría de ser devuelto, también en oro, al cabo de los años. La mayoría de los países de América del Sur y del Este europeo se han desarrollado económicamente gracias a este sistema.

Todo este sistema funcionó admirablemente durante la paz. Las dos gueras mundiales lo deshicieron. La razón de esto consistía en que en tiempos de paz, los artículos se entregaban contra recepción de artículos de valor equivalente. A la venta de un artículo correspondía siempre la compra de otros artículos. A diferencia de esto, la guerra requería un consumo enorme de artículos a los que no correspondía ninguna entrada de artículos a cambio. En este consumo de artículos sin valor equivalente se desangraron los países complicados en la guerra desde el principio, mientras que los países que no participaron en ella o sólo tomaron parte más tarde, hubieron de ser pagados en dinero, es decir, en oro, por sus suministros de artículos a las potencias beligerantes. Después de ganada la guerra, resultó que los vencidos no estaban en situación de compensar a los

 países vencedores de la pérdida de artículos causada por la guerra. Los gastos de reparaciones de 120 mil millones de marcos impuestos a Alemania en el dictado de paz, después de la primera guerra, tuvieron que ser cancelados doce años más tarde. Si Alemania pudo pagar en esos doce años un 10 por 100 aproximadamente de aquella deuda original, fué debido a los empréstitos extranjeros que, en gran proporción, le fueron concedidos por particulares, y de los que una gran parte fué utilizada para el pago de reparaciones. La consecuencia fué que también esos empréstitos privados quedaron pendientes. Quedó confirmada la vieja ley fundamental de la economía de que para mantener el equilibrio económico es necesario que a todo consumo de artículos corresponda una producción de artículos, de que a toda venta de artículos corresponda una compra de artículos.

V

IMPORTANCIA DE LA MONEDA EN LA ECONOMIA

A causa de toda esta evolución, innumerables economías nacionales cayeron en dificultades financieras y, para salir de ellas, una serie de Gobiernos recurrió al medio más inadecuado, a la desvalorización. Se renunció ala relación, fielmente mantenida hasta entonces, del dinero con el valor oro y, mediante medidas legales, se redujo

arbitrariamente el valor oro de la moneda. Si el patrón oro internacional se hubiese basado en un tratado internacional, no hubiera sido posible tal desvalorización arbitraria sin previas negociaciones internacionales. Desgraciadamente, resultaba que lo que se había considerado como patrón oro internacional no estaba sujeto a ningún convenio internacional, y que lo único que existía era una yuxtaposición de tipos oro y que cada país era libre de establecer independientemente la relación de su moneda con el oro.

Es una tragedia que fuese Gran Bretaña el primer país en desvalorizar arbitrariamente su moneda, el país que, en el pasado, más y con mayor éxito, se había preocupado del orden y la seguridad internacional del tráfico mundial. Todos los más viejos de entre nosotros recordamos todavía los años en que tener un saldo activo en el Banco de Inglaterra era la inversión más segura que se podía hacer. Innumerables Gobiernos, príncipes y felices particulares de todo el mundo confiaban su fortuna al Banco de Inglaterra y, por ende, a la libra esterlina inglesa. Las consecuencias de aquel acto arbitrario de la desvalorización han sido asoladoras para todo el futuro del comercio internacional. El mal ejemplo se hizo contagioso. Todo Gobierno que no podía ya vencer sus dificultades económicas y financieras recurría al mismo medio. Una desvalorización de la moneda seguía a la otra en diversos países, llegándose hasta la repetición en Inglatera. Por muy discupable que hubiese sido la necesidad de apelar a aquellas desvalori zaciones arbitrarias, la inviolabilidad del pa-

 trón oro y la confianza en el respeto a la propiedad privada se habían acabado.

Es un error craso creer que la posición económica de un país puede mejorarse por simples manipulaciones de la moneda, sobre todo por la desvalorización. La desvalorización de la moneda puede, por breve tiempo, dar lugar a un aumento de la exportación; muy pronto, el encarecimiento de la importación y la elevación de precios en los artículos del interior anularán aquella ventaja. Podrán discutirse sobre la primacía de la política y la economía, pero no hay discusión posible sobre la primacía de la moneda y la economía. La moneda no es otra cosa sino un instrumento dela economía, no su fuerza motriz. No es energía eléctrica, sino simplemente alambre conductor. La economía no se sostiene por cambios en el valor de la moneda sino, por el contrario, la moneda se basa en una economía compensada. La fabricación de un artículo industrial necesita la misma cantidad de materias primas y la misma cantidad de horas-trabajo, completamente independiente de si la moneda contiene más o menos gramos de oro. Es exacto que la moneda de toda economía nacional pierde valor si los ingresos de dicha economía nacional son menores que sus gastos, si la importación es mayor que la exportación. Por consecuencia, la política económica de cada país debe estar de tal modo organizada que se mantenga el equilibrio del servicio de pagos con los demás países. Se pueden, desde luego, salvar de vez en cuando diferencias por medio de créditos o empréstitos, pero hay que

tener en cuenta en la balanza de pagos el servicio de intereses para esos créditos a fin de no pertubrar, a la larga, el equilibrio.

La ley suprema de toda moneda es su estabilidad. Cuando no existían todavía fondos públicos, billetes de banco, efectos, se trataba de invertir los ahorros y la fortuna en artículos. Presenciamos de nuevo, en estos tiempos poco seguros de la moneda, la emigración de fortunas atesoradas en oro, piedras preciosas y perlas. Las inversiones en fondos públicos, en créditos bancarios y efectos no ofrecen seguridad más que cuando la moneda permanece estable. La palabra alemana con que se designa la moneda, «Währung», lo expresa ya por sí sola, pues significa «algo que dura», «algo que permanece».

Los norteamericanos han tratado de ayudar mediante créditos, e incluso donativos, a las monedas en peligro. Han establecido un Fondo Internacional de Moneda al que se señaló la labor de prevenir la desvalorización de la moneda en los países adheridos. El experimento ha fracasado. Tampoco el Fondo Internacional de Moneda ha podido evitar las desvalorizaciones de moneda de sus miembros. Los norteamericanos han ayudado a establecer la Unión de Pagos Europea, la que, por medio de anticipios de crédito efectuados de vez en cuando, debía sostener las monedas débiles. También ha fracasado esta experiencia. La Unión de Pagos Europea debería, más bien, proceder a que los Estados miembros de la misma hicieran forzosamente la liquidación de la balanza de pagos. Los créditos entregados por el Banco

Internacional se han mantenido dentro de límites modestos porque los deudores estaban obligados a hacer el reembolso en dólares norteamericanos y no tenían la seguridad de poder procurárselos con sus propias exportaciones. Así, pues, los intentos político-financieros actuales para resolver el problema de la moneda no han dado resultado.

VI

LA AYUDA A LOS PAISES POCO DESARROLLADOS

Otro segundo camino que han tomado los norteamericanos promete mayor éxito. Se trata de la ayuda a los países poco desarrollados, con objeto de que puedan explotar de manera más rápida y eficaz sus riquezas naturales, sus materias primas y sus posibilidades agrarias. Esta es la finalidad del punto cuarto del llamado Plan Truman. La idea fundamental de este punto cuarto es justa. Sólo se puede mejorar el nivel de vida de los pueblos produciendo artículos alimenticios más abundantes y más baratas, siempre que sean necesarias y apropiadas para su utilización técnica.

La realización del punto cuarto no ha pasado, hasta ahora, desgraciadamente, y salvo fugaces excepciones, de proyecto teórico. Es verdad que los norteamericanos, sea en nombre de la ONU, sea en nombre de su propia actividad diplomática y

política, han nombrado una serie completa de comisiones que se ocupan de los problemas de acuerdo con el punto cuarto, y se han puesto en contacto con los centros competentes de los llamados países poco desarrollados. Pero, en el fondo, todo se ha reducido hasta ahora a trabajos de oficina. Se ha escrito un fárrago de memorias cuya fraseología y falta de contenido sorprende extraordinariamente. Durante mi estancia en el sudeste de Asia, he tenido ocasión de examinar aquellos trabajos y he comprendido la indignación, asombro y risa, con que son acogidos por los indígenas gran parte de esos trabajos. Con los cuantiosos gastos que ocasiona aquel trabajo de oficina se hubiera podido financiar, sin duda, alguna pequeña ayuda práctica.

Toda la desconfianza que, hasta ahora, reina aún entre los pueblos poco desarrollados contra todo ese trabajo es, por desgracia, alimentada también por el hecho de que, a menudo, con los ofrecimientos de ayuda financiera y política se mezclan otros deseos secundarios de intereses particulares, políticos y económicos. Las limosnas y los donativos cuyo empleo va unido a condiciones molestas e incomprensibles, no son bien correspondidas. Cuando se ha quedado libre de dominación política extranjera, no es agradable caer en una dependencia capitalista.

Quien pase por la Lenbachplatz, en Munich, verá lucir la muestra propagandística de un casino norteamericano: «The American way». En otro lado, yo he visto ya otra muestra parecida: «The British way». Un holandés en Dja-

 karta me refería que una tarde a la hora del whisky, había discutido amigablemente con un norteamericano. Al terminar, el norteamericano, después de haber destacado suficientemente las ventajas de su pueblo, exclamó: «we want you to live on *our style*», a lo que el holandés replicó: «but we want to live on our Dutch style». Un indio de alta posición resumía así su actitud frente a las tendencias políticas actuales del mundo: «Estamos contra el bolchevismo, pero también contra el dolarismo». Es difícil señalar de una manera más clara, por el momento, los métodos empleados para la propagación del punto cuarto que por medio de estas pequeñas experiencias. Estas desmuestran, de todos modos, que la ayuda prestada según el punto cuarto, sólo tendrá éxito si se mantiene exenta no sólo de toda dependencia política, sino también económica y cultural.

La ayuda del punto cuarto del Plan Truman exige inversiones financieras de volumen considerable. No tiene por qué venir ese capital única y exclusivamente de Norteamérica. Es verdad que los países industriales no están en situación de ofrecer capital monetario, pero sí están en situación de suministrar a crédito máquinas y toda clase de medios auxiliares de la industria y de la técnica del tráfico. Es un concepto formalista de política financiera creer que las operaciones de crédito sólo pueden realizarse con dinero al contado. El dinero no es más que una manera de expresar capital. El verdadero capital de la economía son los artículos mismos. He aludido ya a que el ahorro de capital y el atesoramiento de fortuna, hoy como

en los tiempos anteriores al capital, han venido a refugiarse en artículos, en vez de en dinero, créditos bancarios y efectos. A esta experiencia se ajusta muy bien que los diversos negocios internacionales no se lleven a cabo por vía de liquidación, sino por vía de compensación de artículo contra artículo, y de trabajo contra trabajo. En esto se abren posibilidades como las que se introdujeron en la política comercial gracias a la política de acuerdos comerciales bilaterales, a la que se acogió Alemania cuando se vió excluída del mundo.

VII

LA VUELTA A LA NORMALIDAD

Ciertamente, todo esto no son más que salidas y rodeos involuntarios en un período de la economía en que el oro ha sido destronado como medida internacional y como materia internacional de cambio. Hay que prever la vuelta a los métodos normales anteriores a la guerra. Eso ha de ser nuestro objetivo.

La salida de todo este embrollo económico, al cual nos han arrastrado las guerras mundiales, está en la vuelta a unas pocas grandes ideas fundamentales. Estas consisten: *primero,* en un convenio permanente pactado internacionalte sobre la seguridad de la propiedad y del

derecho humano de la personalidad, incluso en tiempos de guerra; *segundo,* en acuerdos internacionales de política aduanera, a largo plazo, cuyas condiciones sobre importación y exportación no puedan ser objeto de constantes cambios arbitrarios promulgados a corto plazo, sino que fijen condiciones aduaneras y comerciales invariables por una serie bastante larga de años, de modo que la producción y el comercio puedan ajustarse a ellas; y *tercero,* en el restablecimiento de un sistema de pagos internacional en el que las distintas monedas estén ligadas al valor de una materia, como el oro. Si no se quiere destinar de nuevo el oro para esta medida internacional, habrá que buscar otra materia que pueda asumir el papel de aquél. Unicamente cuando se haya establecido tal materia en su papel de medida internacional volverán los grandes capitales, que hoy buscan la conservación de su valor en el atesoramiento de mercancías, a derramarse en monedas y con ello influirán de manera fecunda en el desarrollo de toda la economía mundial.

SUMARIO

COLECCION «O.CRECE.O.MUERE»

1.—La unidad del mundo, por *Carl Schmitt.*
2.—Situación actual de la cultura europea, por *Cristopher Dawson.*
3.—Sociología de la crisis, por *Alois Dempf.*
4.—Problemas de la novela contemporánea, por *Mariano Baquero Goyanes.*
5.—En torno al concepto de España, por *Luis Sánchez Agesta.*
6.—Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea, por *José María Jover.*
7.—Valor actual del humanismo español, por *Alexander A. Parker.*
8.—Cajal y el problema del saber, por *Pedro Laín Entralgo.*
9.—Los romanistas ante la actual crisis de la ley, por *Alvaro d'Ors.*
10.—España y la contrarreforma en la obra de Burckhardt, por *Werner Kaegi.*
11.—Estado medieval y antiguo régimen, por *Angel López-Amo Marín.*
12.—Cerebro interno y sociedad, por *Juan Rof Carballo.*
13.—El Oriente Medio, encrucijada del mundo, por *Pedro Gómez Aparicio.*
14.—Fernando el Católico, militar, por *Jorge Vigón.*
15.—Cataluña entre Tradición y Revolución, por *Ignacio Agustí.*
16.—Una nueva organización económica, por *Eugène Schneller.*
17.—Lección permanente del barroco español, por *Emilio Orozco Díaz.*
18.—Teología de la Pasión, por *José María Cirarda.*
19.—La atomización de la economía, por *Hjalma Schacht.*
20.—Austria, símbolo de la tragedia europea, por *Antón Rothbaner.*
21.—La quiebra de la razón de Estado, por *Gonzalo Fernández de la Mora.*
22.—Crítica de la Restauración literaria en España, por *José María García Escudero.*
23.—El espíritu aragonés y don Fernando el Católico, por *Emilio Alfaro.*

Distribución exclusiva: LIBRERIA CIENTIFICA
Medinaceli, 4. MADRID

SEIS PESETAS